

# Crítica de libros

LÓPEZ QUINTÁS, Alfonso: *El Arte de leer creativamente*. Stella Maris, Barcelona 2014. 348 pp.

Por el título de la obra pudiera parecer que nos encontramos ante uno de esos libros de carácter pedagógico que introducen al lector en las técnicas de lectura para mejor comprensión de lo leído. No voy a negar la existencia en ella de buena dosis de pedagogía, pues en definitiva trata de cómo abordar textos literarios. Pero su alcance es mucho mayor y más profundo, ya que parte de un esquema antropológico y moral de grandes dimensiones, aplicable lo mismo a la lectura de textos literarios que a la «lectura» de las vidas de las personas. Bien es cierto que las mencionadas vidas suelen ser el objeto de las obras literarias y que, en consecuencia, realidad vital y literatura vienen a coincidir en gran parte en su temática. Lo que pretendo decir puede resumirse en esto: este libro de López Quintás constituye, a mi modo de ver, una visión filosófica de fondo, centrada en la ética y la antropología, aplicable a la vida en general y, en consecuencia, al análisis de la obra literaria. Bien escrito, se lee sin dificultades mayores desde la prima hasta la última página, resulta incluso ameno; y lo que es más importante: anima a ver la realidad vital –tanto en la experiencia cotidiana como en la lectura de obras literarias– de acuerdo con su esquema de fondo.

Con «esquema de fondo» me refiero al instrumento básico que utiliza a lo largo de todas las páginas y que viene expuesto al comienzo: su teoría de los «ocho niveles»; si a ello añadimos su concepto de «juego» y su concepción de la «mirada profunda», tendremos una idea más que aproximada del carácter de esta obra singular. Me detendré ahora brevemente en estos tres puntos.

Los «niveles» corresponden al trato que cada humano dispensa a la realidad que le rodea, en especial a las demás personas. Hay cuatro niveles positivos y cuatro niveles negativos.

Niveles positivos: En el nivel 1 nos movemos con objetos, sin más significación que la que corresponde a los objetos en cuanto que objetos, como «poseíbles, manejables y situables», por tanto, como medios o instrumentos para nuestros fines. Si pasamos al nivel 2, introducimos un factor de humanización más o menos relevante, que nos permite hablar de un ámbito de juego o de interrelación que afecta tanto a los objetos como a las personas. Así, por ejemplo, una pluma que me regalaron mis padres en una ocasión memorable no es una simple pluma, sino

que constituye un objeto cargado de emotividad y, por consiguiente, de afecto. En cuanto alguien trata a otra persona como un fin en sí misma y no cómo medio, se establece un lazo de humanidad, un ámbito de juego e interrelación que dignifica a los dos intervinientes en la relación. Al nivel 3 ascendemos cuando a la relación le damos un aspecto de valor, estableciendo una conexión con la verdad, la bondad, la justicia, la belleza, la unidad. Por último, el nivel 4 exige dar un paso hacia arriba para entrar en la relación dotada de trascendentalidad, para de esta manera conseguir una vinculación incondicional a los valores señalados. Este nivel sólo sería alcanzable en el plano de la religión.

Los cuatro niveles negativos señalan el descenso progresivo en la vía de la deshumanización y del envilecimiento. Dejamos al lector la curiosidad de que lea en la obra de López Quintás sus caracteres respectivos.

En los niveles positivos se genera la creatividad y el éxtasis, mientras que en los negativos domina el egoísmo y el vértigo que, llevado a los niveles inferiores, conduce a la autodestrucción.

El segundo concepto que maneja constantemente el autor es el de juego. Lo entiende como ámbito de creatividad humana. De ese modo, toda relación positiva con personas tiene la naturaleza de un juego en el que se dan el encuentro, la interrelación y la creatividad. No se trata de un concepto formal de juego, reducible a unas reglas que hay que respetar para poder jugar, sino que maneja una noción antropológica y ética de juego. Compartir, vivir la solidaridad con otros individuos y crear ámbitos de perfección personal son actitudes y actividades que sólo pueden realizarse en ámbitos de encuentro. Al ámbito de encuentro presidido por la apertura a los otros y la creatividad dentro de las relaciones humanas lo denomina el autor «juego».

Por último, la «mirada profunda» es la perspectiva adecuada para comprender el mundo humano en todas sus dimensiones. El mensaje es que no debemos quedarnos en la superficie de lo expresado, sino que es necesario ir a lo profundo, al sentido verdadero de las cosas y de las vivencias. Esa mirada profunda ha de dirigirse a los diversos ámbitos de comunicación de modo que no nos quedemos en la superficie de las palabras, sino que penetremos en su significado humano profundo.

A partir del método que López Quintás denomina «lúdico-ambital», se invita a los lectores de obras literarias a utilizarlo inteligentemente a fin de descifrar el verdadero sentido de lo que leen.

Gregorio Robles Morchón

MOROSOW, Witalij: *Das Erbe des Nikolaus von Kues im Spiegel der Alchemie*. (La herencia de Nicolás de Cusa en el espejo de la alquimia). Aschendorff, Münster, 2018. 268 pp.

Cuando hace tres años visitábamos en Bernkastel-Kues la casa natal de Nicolás de Cusa (1401-1464) y Frau Ana Reuter nos hablaba de un investigador que indagaba sobre la relación del Cusano con la alquimia, no podíamos imaginar que el fruto de su investigación se plasmaría en un estudio tan completo y apasionante en el ámbito de la historia de la ciencia como el que presentamos.

Ya el título contiene una posible remembranza alquímica, pues el espejo se solía hacer con un metal pulido y, más recientemente, con un vidrio cubierto con azogue en uno de sus lados. Precisamente el azogue o mercurio, esa especie de plata zangolotina, se consideró por muchos teóricos y prácticos de la alquimia como la semilla o el semen de todos los metales, aquel del que los demás se derivaban. Y lo que quiere este libro es ser un espejo bien azogado para comprender el lugar y la virtud de la alquimia en el mundo, exterior e interior, de ese filósofo, teólogo y jurisperito que fue Nicolás de Cusa.

Esta gran figura en quien despunta la modernidad no se interesó monográficamente por la alquimia en sí misma, sino en función de su especulación filosófico-teológica y en conexión con sus ideas cosmo-gráficas. Dicho esto, la cantidad de referencias a la metalurgia y a la alquimia que encontramos en sus escritos es tan grande que merece una atención especial. El autor de *De coniecturis* nunca afirma explícitamente que se pueda obtener oro por la transmutación de otros metales. Pero la investigación de Morosow tiene éxito en persuadir al lector de que la alquimia en general, y la alquimia en Nicolás de Cusa, tiene otros muchos alcances no vinculados directamente al hallazgo de la «piedra filosofal». Y, por otro lado, un estudio tan pormenorizado y riguroso como el que nos ofrece este investigador ruso sí que ayuda a ubicar a Nicolás en el espectro de respuestas a la cuestión de si en principio es posible la transmutación de un metal en oro.

El desarrollo de la alquimia recibió un impulso decisivo de la Guerra de los cien años (1337-1453), que obligó a acuñar moneda para pagar ejércitos, con frecuencia extranjeros, y con ello a vigilar la calidad del metal utilizado evitando falsificaciones. La guerra provocó una alteración del equilibrio de valor entre el oro y la plata, una crisis del bimetalismo. Lejos de la opinión corriente, fue la guerra, y por tanto la política –y no solo un interés científico– lo que incrementó el interés por la metalurgia y por los ensayos a ella asociados. Si tenemos en cuenta que no lejos de la casa natal de Nicolás de Cusa había un horno de fundición, y que en la cabeza eclesiástica y administrativa de la zona –Tréveris– funcionaba

una ceca desde el s. XIV, ¿puede extrañar que Nicolás saque a colación tantas veces la imagen de la acuñación de moneda?

El libro de Morosow proporciona información preciosa, en su primer capítulo, sobre la situación de la alquimia a los comienzos del s. XV en la bella región del Mosela en la que se ubica Cusa (hoy Bernkastel-Kues). Destaca la figura de Kuno von Falkenstein (m. 1388), obispo de Tréveris y príncipe elector del Sacro Imperio, convencido impulsor de la práctica alquímica que dejó una estela de cultivadores de ese arte, entre ellos no pocos párrocos. A dicha tradición pertenecen su sobrino Werner von Falkenstein, heredero de la mitra y de la biblioteca de Kuno, así como Otto von Ziegenhain, el titular de la diócesis en los tiempos de juventud del Cusano. Otto fue quien le proporcionó al joven Nicolás, por sus servicios como secretario, algunos de sus primeros textos alquímicos. Se trata probablemente de recetarios antaño posesión de Kuno von Falkenstein y que habían ido a parar a la biblioteca del obispo a la sazón. Sean cuales sean esos manuscritos, es un buen punto de partida centrarse en el Códice Harlesiano 5403, actualmente en Londres, que fue propiedad de Nicolás de Cusa y uno de los que más tempranamente obró en su poder. Es una delicia seguir la explicación que W. Morosow hace de los legajos contenidos en ese códice, muchos de ellos en el dialecto franco-moselano que fue lengua materna de Nicolás, o con incisos en latín, o en una amalgama lingüística. Al final del libro encontramos la transcripción y traducción que Morosow, bajo supervisión de otro gran cusanista desgraciadamente desaparecido, Klaus Reinhardt, ha llevado a cabo de uno de esos legajos: *Practica*, atribuido a Kuno von Falkenstein. Se le añade, también en oferta bilingüe, versión del tratado *Lilium intelligentiae philosophorum*, de la biblioteca particular de Nicolás.

Las referencias a la alquimia se encuentran ya en los primeros sermones conocidos, los de la época de S. Florín en Coblenza, donde Nicolás se beneficiaba de una canonjía proporcionada también por Otto von Ziegenhein. Y todo conduce a pensar que sus fuentes no son solo recetarios de contenido metalúrgico práctico, como la compilación que representa el códice aludido, sino también literatura de tipo soteriológico-religioso que mezclaba el simbolismo alquímico y el cristiano. De estas obras hay buena relación en el capítulo I, si bien no existe certeza de qué ha podido leer Nicolás de Cusa: *Epistula Solis ad Lunam crescentem* (Mohamed ibn Umail), *Tabula smaragdina* (Hermes Trismegistos), *Libro de la Santa Trinidad* (Ulmannus)...

El segundo capítulo se dedica a detallar el pensamiento alquímico de cuatro autores bien presentes en el patrimonio bibliográfico del Cusano. Son Alberto Magno, Roger Bacon, Arnaldo de Villanova y Ramón Llull. Un panorama complejo, pues se entrecruzan concepciones: aquellos que niegan rotundamente la posibilidad de transitar de una especie mineral a

otra siguiendo una tradición bien asentada por Avicena –caso de Alberto Magno, Arnaldo de Villanova, Ramón Llull– y aquellos que defienden que si la naturaleza es capaz de producir tal mutación, entonces también lo podría hacer el artificio humano (Roger Bacon). Además, está la cuestión de los escritos pseudoepigráficos, de los que Nicolás poseía no pocos y no precisamente, como diríamos de un impreso, «intonsos». Así, son apócrifos el Pseudo Hermes Trismegistos, el Pseudo Arnaldo (*Liber de secretis naturae*), el Pseudo Lulio (*Codicillus*) y el Pseudo Roger Bacon (*Speculum Alchemiae*). Este último, doctrinalmente consistente con el verdadero Bacon, parece haber sido más influyente que el Bacon verdadero. Otra cuestión es que algunos escritos imprimen un sentido místico –soteriológico, dice el autor– a la práctica del arte hermético. Al hombre que practica la alquimia le atribuyen una purificación análoga a la que opera con los metales. Esta era una opinión conocida, lo mismo que la demonología por otros asociada a la alquimia (por ejemplo, por Sto. Tomás de Aquino), si bien una y otra encontraban detractores.

Más allá del caudal de erudición sobre la historia de la alquimia con la que se ha documentado el autor, llegado a un cierto punto pone al lector más en sintonía con la riqueza interior del filósofo de Cusa. Es en el capítulo tercero cuando advierte que Nicolás no solo piensa sobre la alquimia, sino mediante la alquimia. Pensar mediante la alquimia creemos que también es pensar desde ella. La misma mención de la alquimia en la *Docta ignorantia* se convierte en una fuente de sugerencias después de muchas páginas poniendo en contexto al lector. No nos resistimos a transcribirla: «El arte imita a la naturaleza cuanto puede, pero nunca podrá llegar a una *praecisio* con la misma. Por tanto, medicina, alquimia, magia y las otras artes de las transmutaciones carecen de la verdad en *praecisio*, aun cuando una es más verdadera en comparación con otra, como evidentemente la medicina es más verdadera que las artes de las transmutaciones» (*De docta ignorantia* II, c. I, n. 94). De estas palabras se podría sacar mucho jugo, dado que por lo pronto plantean cuál es el lugar de la alquimia entre las ciencias –no es asimilable a la medicina ni a la magia–, pues no es una práctica fraudulenta, sino que ocupa un lugar en el saber sobre la naturaleza. Además, recupera el viejo motivo del arte como imitación de la naturaleza, planteando límites, y donde Morosow ve que el grueso de las reflexiones del Cusano sobre alquimia no daría la razón al parecer de Avicena en este punto. Es decir, no habría una heterogeneidad de principio entre los productos del arte hermética y los de la naturaleza. Algún argumento a que recurre Morosow nos parece un tanto forzado, como el de la compatibilidad entre bisexualidad de la naturaleza (expresada en *De coniecturis*) y bisexualidad de los metales primigenios: azufre (masculino) y mercurio (femenino). Por otro lado, la creatividad del hombre, que es Dios *sed non absolute*, se relaciona

con su capacidad de imitar a la naturaleza; y en definitiva nos viene a decir que la alquimia tiene que ver, en Nicolás de Cusa, con el lugar del hombre en la Creación y con las admirables posibilidades de su espíritu, capacidades que son como una forma que adopta la caridad divina.

El libro contiene más, sin duda, como el capítulo dedicado a la recepción del pensamiento alquímico del Cusano. Pero no es tarea de una reseña resumirlo todo ni dar al lector todo lo que por una aproximación personal puede descubrir en esta investigación. Hay algunas erratas, como es propio de obra humana: Ziegenheit por Ziegenhein (p. 33); algunas letras perdidas; que se nombre la obra de Pedro Lombardo como *Sentences*, en inglés (p. 61), o que se diga que la alquimia árabe ha dejado huellas en filósofos de la naturaleza de la Antigüedad (p. 143).

A quienes, desde el orgullo de nuestro desarrollo científico y de la colorista tabla periódica, miran con sonrisa incrédula la alquimia, tal vez merezca la pena recordarles que precisamente la producción de colores para iluminar códices fue posible desde esta arte peculiar, como bien lo sabía el obispo Otto von Ziegenhein al mantener un taller al efecto; o que la alquimia dormida en nosotros despierta cada vez que usamos el adjetivo «hermético» refiriéndolo a algo cerrado o clausurado –como es lo esotérico–, cuando usamos la expresión «prueba de fuego» –aquella a que se sometía el hierro–, o siempre que evocamos a nuestras madres que de niños nos preparaban algo «al baño María» (de María la Profetisa, una mujer alquimista de la Alejandría de los ss. III-IV).

José Luis Caballero Bono

ORTEGA CAMPOS, Pedro: *Las décadas prodigiosas*. PPC, Madrid, 2018. 176 pp.

Acabo de leer el palpitante y comprometido último libro del profesor Pedro Ortega Campos: *Las décadas prodigiosas*, dedicado por el autor a los Centros y Residencias de Mayores por su labor social y de acompañamiento, y en el que, a lo largo de dieciséis capítulos, realiza con su maestría habitual, fruto de su largo y comprometido trabajo en el Teléfono de la Esperanza de Madrid y de su extensa actividad intelectual como catedrático de Filosofía, una verdadera y detallada disección, a veces dura e implacable, de esas difíciles «décadas prodigiosas» que llevan a los seres humanos desde los 50 años al fin de su vida.

Escribió Franklin que «el hombre débil teme la muerte, el desgraciado la llama, el valentón la provoca, y el hombre sensato la espera». Pues bien, estoy convencido de que el libro del doctor Ortega, representa fundamentalmente la postura del *hombre sensato* que, en medio de la



decadencia física e intelectual, creciente e inevitable en los últimos años de su existencia, sabe preparar con esperanza e imaginación la llegada a la última y definitiva orilla, intentando llenar sus últimas décadas de vida y plenitud, de inquietudes, de actividades, de viajes, de proyectos, de amistades, de lecturas y estudios..., para «no vivirlas en balde», para no ir llenándolas de hastío y sin sentido. «Perder la curiosidad por el presente, la memoria del pasado, y el horizonte del futuro es lo que más nos hace envejecer e ir muriendo a pasos agigantados», nos recuerda el autor.

Lo que importa no es alargar los años, sino mejorar la calidad de nuestra vida, el *cómo* vivimos, y el *para qué* vivimos. Distancia, serenidad, memoria amorosa, espera y esperanza, vida interior, cultivo del espíritu, diálogo con Dios... son unas buenas recetas para no perder la brújula del vivir, para seguir el camino hasta el final con entusiasmo, con inteligencia, con luz. Una vida *buen*a se construye no sólo de *recuerdos*, sino también de *proyectos*.

La muerte acecha, nos explica el catedrático Pedro Ortega, pero debemos tener de ella una «visión humanizadora». El olvido del pasado no es remedio de la tristeza. El pasado hay que asumirlo y potenciarlo. La comunicación entre las personas es la garantía de la salud y las «décadas prodigiosas» no sean «decenas de años acumulados», sin más, sino «días medibles de eternidades inconmensurables».

Son los capítulos centrales del libro los más duros y realistas, en algunos puntos, pensamos nosotros, excesivamente pesimistas, en los que se hace referencia a las deficiencias, fragilidades y fallos crecientes que el ser humano va acumulando en estas últimas etapas de su devenir vital. «El ser humano inicia poco a poco una cuesta abajo, acompañado por el pensamiento recurrente de la muerte que le zumba como un tábano mostrenco».

Surge en estas «edades decadentes», explica el doctor Ortega, la idea de resultar cansino a los demás y de que los demás son igualmente cansinos y repetitivos. Siente el que transita por estas «décadas prodigiosas» que es lento al expresarse, torpe al hablar. Se muestra muchas veces egoísta, se aísla de los demás. Está convencido de que posee la verdad en todos los frentes. Se da cuenta de que pierde la memoria con rapidez. Percibe que muchas veces es un estorbo en la casa, que nadie lo escucha. Comprueba que repite con mucha frecuencia las visitas a los médicos y hospitales. Observa que disminuyen, casi se esfuman, sus pasiones arrebatadas, sus sentimientos amorosos, su actividad sexual. Es consciente que camina por el sendero final de su existencia y que aumenta día a día su artritis, su reuma, su colesterol, su glucosa ...

Y finaliza con una frase desoladora que, indudablemente, produce desasosiego y preocupación: «Los cónyuges conviven durante décadas, pero en estas últimas su vivir bascula entre el aburrimiento, la acepta-

ción, la resignación, a la par que se menosprecian de soslayo... En la vida se inicia una especie de penumbra, entre palabras que quedan sin pronunciar, gestos abortados a medio gestación por mor de temores: así, la vida se va trastocando en una pena de observación». Estamos convencidos que, aunque haya muchos matrimonios que caminen por esta senda de «muerte en vida», existen otras muchas parejas en las que la llama del amor y el cariño, aunque transformada, ni ha muerto, ni se ha extinguido.

Sin embargo, Pedro Ortega vuelve pronto a su objetivo final, a su horizonte de Alegría Esperanza, fundamentado en su filosófica *Razón vital* y en sus bien anclada *Fe cristiana*. Y para profundizar en estas perspectivas filosóficas y cristianas que alimentan la Espera y la Esperanza y abren la puerta a la Alegría de Vivir, el autor se apoya en sólidos pensadores y escritores, en textos bíblicos que refrescan el alma del caminante. Y así, por ejemplo, cita un consolador texto de María Zambrano: «La filosofía hace el mundo habitable, rebajando de las esperanzas humanas su delirio, para lograr, en cambio, aquello que es posible; la filosofía es sencillamente *entrar en razón*, como lo expresa el pueblo llano». Y cita, además, bellos y hondos textos de Cervantes, de Jorge Manrique, de Unamuno, de Pemán, de Benedetti... que ahondan en esta perspectiva de hacer de nuestra vida, aunque sea dolorida y penosa en sus últimos tramos, una obra de arte y de plenitud, de compromiso y de entrega, de donación y apertura.

Y, como hemos dicho más arriba, no olvida tampoco el profesor Ortega Campos al Dios Bueno y Misericordioso que espera y sostiene al que camina por estas tortuosas «décadas prodigiosas». Y recuerda el Salmo 71 que canta así. «Ahora, viejo y con canas, no me rechaces, Señor, no me abandones cuando decae mi vigor, porque Tú me has instruido cuando era joven y yo he cantado tus maravillas».

En definitiva, se trata de un libro de análisis psicológico y real de las últimas etapas de nuestra vida, de una «medicina ética y antropológica» para encontrar el sendero de la Esperanza. Late en todo el libro el espíritu de Jorge Manrique en *Coplas por la muerte de su padre*: «Partimos cuando nacemos,/ andamos mientras vivimos/ y llegamos al tiempo que fenecemos;/ así que, cuando morimos,/ descansamos./

Bien puede elevar Pedro, con verdad y autenticidad, la plegaria que soñara don Miguel de Unamuno y que está escrita sobre su tumba: «Méteme, Padre, en tu pecho, anchuroso hogar, que vengo cansado del duro bregar».

José Luis Rozalén Medina